

MISA DE PENTECOSTÉS 2024

Padre Pedro José Ynaraja Díaz

COMENTARIOS

El pueblo de Israel celebraba tres grandes fiestas llamadas de peregrinación, que debían celebrarse allí donde estuviera el Arca y en tiempos posteriores, en el templo de Jerusalén, centro de la liturgia israelita. Pesaj, o Pascua. Shevuot, Pentecostés o Quincuagésima y Sucot.

Este domingo nos toca la segunda fiesta, la más modesta en duración y contenido. Los tres nombres que he escrito se debe a que lo son en las tres lenguas en las que se expresaban: hebreo, griego y latín.

La primera comunidad cristiana, que era hebrea, continuaba celebrando esta fiesta en Jerusalén y el mismo Lucas nos dice que el conjunto de los fieles a la Fe de Jesús era de unas 120 personas. He dicho que era una celebración agrícola, modesta por su duración, uno o dos días, en la que agradecían a Dios los bienes de la cosecha y la entrega de la Ley en el Sinaí.

Para nosotros, cristianos, es jornada de efusión solemne del Espíritu Santo. Solemne, pues, ya que en más de una ocasión el Señor resucitado se había encontrado privadamente con los apóstoles y alentando sobre ellos les había dicho: recibid el Espíritu Santo.

Esta ocasión fue diferente. Se trató de una efusión pública, solemne y espectacular sobre la comunidad que lo recibió no mediante aliento, esta vez fue enigmáticamente vehiculada en llamas de fuego y transformando la asamblea de tal manera que consiguieron llamar la atención de la multitud que había acudido a Jerusalén.

Queridos lectores, estoy ahora, y viene de tiempo, ocupado de inmediato en ocupaciones propias de mi vocación. De mi vocación, que no de mi profesión, a mis 90 años, estoy libre de esto último. Debe abandonar la redacción de este mensaje. Lo complemento con la composición que será el centro de reflexión de este año.

**DIOS + QUE EN EL PADRE ATRIBUIMOS CREACIÓN + EN EL HIJO-
JESÚS-HOMBRE ATRIBUIMOS SALVACIÓN
+ EN EL ESPÍRITU SANTO ATRIBUIMOS COMPARTIR SU INMENSO AMOR**

TEXTOS

del libro de los Hechos de los apóstoles 2, 1-11

Al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar. De repente, se produjo desde el cielo un estruendo, como de viento que soplaba fuertemente, y llenó toda la casa donde se encontraban sentados. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía manifestarse.

Residían entonces en Jerusalén judíos devotos venidos de todos los pueblos que hay bajo el cielo. Al oírse este ruido, acudió la multitud y quedaron desconcertados,

porque cada uno los oía hablar en su propio idioma. Estaban todos estupefactos y admirados, diciendo:

«¿No son galileos todos esos que están hablando? Entonces, ¿cómo es que cada uno de nosotros los oímos hablar en nuestra lengua nativa?

Entre nosotros hay partos, medos y elamitas y habitantes de Mesopotamia, Judea, Capadocia, del Ponto y Asia, de Frigia y Panfilia, de Egipto y de la zona de Libia que limita con Cirene; hay ciudadanos romanos forasteros, tantos judíos como prosélitos; también hay cretenses y árabes; y cada uno los oímos hablar de las grandezas de Dios en nuestra propia lengua».

de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 12, 3b-7. 12-13

Hermanos:

Nadie puede decir: «Jesús es Señor», sino por el Espíritu Santo.

Y hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de funciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. pero a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común.

Pues, lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo.

Pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu.

del evangelio según san Juan 20, 19-23

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo:

«Paz a vosotros».

Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió:

«Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo».

Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo:

«Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos